



TRADICIÓN Y HERESÍA:

el pensamiento crítico de Rafael Gutiérrez Girardot¹

CLARA MARÍA PARRA TRIANA

La afortunada presencia de la obra de Rafael Gutiérrez Girardot (Colombia, 1928- Bonn, Alemania, 2005) en las letras colombianas se halla en su mejor momento. Ya sea porque su muerte ha hecho las veces de coyuntura para la observación detenida de sus mayores preocupaciones, o porque incluso el campo intelectual (académico/universitario) no escapa a la costumbre propia de la farándula de homenajear a los difuntos, haciendo énfasis en lo que la sabiduría popular (tan sarcástica pero tan acertada a la vez) señala como “no hay muerto malo”.

*La verdadera polémica aborda un libro
con la misma ternura con que un caníbal
se guisa a un lactante.*

W. Benjamin. Dirección única.

Seamos optimistas y creamos en la primera opción. Consideremos que nuestro espacio letrado sí se ha entregado a la tarea mínima de cumplir con el requisito de conocer a sus pensadores (por lo menos en sus aportes más referidos), y que al indagar comprende las realidades discutidas por aquellos.

Al reflexionar sobre los trabajos de Gutiérrez Girardot, lo primero que se advierte es un pensamiento crítico incisivo y riguroso. Teniendo como base la lectura de autores para el momento desconocidos en América hispana, desarrolló debates acerca de los problemas más significativos que debieran ocupar las reflexiones culturales sobre América Latina, como es el reconocimiento de la tradición. De acuerdo con esto último, dedicó gran parte de su trabajo a desentrañar las propuestas de pensadores como José Luis Romero, Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes.

Su recurso a la historiografía y la filosofía lo llevó a realizar estudios capitales en lo que a la literatura hispanoamericana se refiere. Su ya clásico estudio sobre el modernismo, ha sido el referente de su participación en los estudios literarios, ya que conjuga la teoría con la crítica. El estudio que allí se encuentra va más allá de las escalas valorativas para ocupar los espacios hasta aquel momento vacíos sobre las “formas” que adquieren los productos culturales (la literatura, en este caso), para la formación de tomas de posición críticas ante la realidad circundante. Dicho estudio no es un mero análisis de las poéticas modernistas, es ante

¹Este documento es parte de un trabajo más amplio que busca reconstruir el campo de los estudios literarios en América Latina, sustentado en la imagen-metáfora del *panóptico*, en el cual se plantea la actividad de observación mutua que los habitantes del complejo espacio realizan en su “profesionalización”. La figura de Gutiérrez Girardot para este trabajo posee la huella distintiva del crítico que explora diversos focos de las letras latinoamericanas, y que al mismo tiempo conjuga sus preocupaciones sobre la cultura y las formas que adquieren las múltiples concepciones del hombre ante los macroprocesos sociales e históricos. Sus análisis de los aportes de pensadores latinoamericanos como Mariano Picón Salas, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, definen el grado de profundidad y compromiso que presenta su obra con las letras del subcontinente, y con la cultura que aspira a ser dialogante. Claramente el estudioso de la cultura y la literatura hispanoamericana se perfila como un habitante del panóptico letrado que observa en el comportamiento de sus pares un estímulo para retroalimentar la producción crítica.

todo búsqueda de respuestas sobre la autorreflexión hispanoamericana y la adquisición de conciencia del hombre que deja de hablar para sí mismo, y se obliga a participar con su experiencia ético-estética en las dinámicas modernas.

La preocupación que atraviesa la obra de Gutiérrez Girardot se deriva de su toma de posición con respecto a la influencia de los esquemas mentales peninsulares en el orden ideológico de “las Españas”. El pensador colombiano señala sin reticencias los dolores de la ciencia y el saber de Hispanoamérica derivados de la falta de rigor, sistematización y renovación en los señalamientos más básicos respecto de los problemas locales que insisten en el exotismo y la servidumbre. Para Gutiérrez Girardot, América Latina se ha servido de la cacofónica particularización del proyecto moderno para dar la espalda al compromiso con el pensamiento y la reflexión. Sin duda alguna, la denuncia del enfriamiento de la razón, la falta de sistematización, el fortalecimiento del dogma, la apariencia y “el gesto” lo llevaron a concluir que nuestro espacio carece de norte para suspender su “autoculpable minoría de edad”.

En este sentido, su orientación crítica le apostó a tres grandes dimensiones observables en sus trabajos, a saber: el pensamiento crítico y el profesional de las letras en América hispana, la trashumancia del ideal ilustrado a las letras hispanoamericanas, y el nacimiento de la conciencia histórica y la adquisición de compromisos intelectuales para nuestra cultura.

De forma categórica su obra exige una conformación analítica y metodológica para los ejercicios críticos, para que disponiendo de una claridad conceptual y de logística se divorcien de una vez por todas las obsesiones subjetivas, los gustos y las modas de las cuestiones que hablan de la complejidad y problematicidad de los fenómenos, que no rayen en el exotismo y el enrarecimiento del que se han beneficiado los fanáticos del “realismo mágico”.

Aquel señalamiento mordaz acerca del exotismo exacerbado en el que se ha inscrito a América Latina, lo evidencia nuestro pensador como la génesis de la negación a asumir la responsabilidad de pensar nuestra cultura críticamente; por lo menos así se advierte en el ensayo titulado “Sobre la crítica y su carencia en las Españas” —que se encuentra en *Provocaciones* (1992)—, en el que traza un mapa del conflicto que el ideal ilustrado enfrentó una vez entró a España,

llegando viciado y perseguido a tierras (y mentes) hispanoamericanas:

Por paradójico que parezca, la frivolidad de los hispanos es el producto complejo del odio a lo terrenal, del autodesprecio, de la valoración negativa del mundo que por los elementales caminos de la socialización inculcó La Santa Madre a los hijos del “pueblo elegido” y a sus hijos de ultramar (Gutiérrez, 1992: 42).

No en vano los pensadores más críticos de occidente han enfatizado en la importancia de la Ilustración como génesis de la conciencia crítica. El problema que evidencia el filósofo colombiano es que a mayor fuerza de la Ilustración, mayor fue el ataque de la Península Ibérica, lo que engendró mentes inmaduras y prevenidas ante los beneficios del macroproceso modernizante, y éste era postergado, ¿cuándo habría de darse la crítica, si ésta es una característica inherente de la mentalidad moderna? Las conciencias críticas son para Gutiérrez las que han de aclarar y vislumbrar el ser de los hijos de España, así como lo logró el pensamiento alemán posterior a la obra de Kant:

Nuestra época es la época propiamente tal de la crítica, a la que todo debe someterse. De ordinario, a ella quieren sustraerse *la religión* por su *santidad* y *la legislación* por su *majestad*. Pero pronto despiertan justa sospecha contra sí mismas y no pueden exigir que se les preste el respeto sincero que la razón sólo concede a lo que ha podido soportar su libre y público examen. Desde que Kant escribió estas frases en una nota a pie de página del prólogo a la primera edición de la *Crítica de la razón pura* (1787) hasta finales del siglo pasado, por ejemplo, el dominio de la crítica en Alemania produjo, pese a circunstancias sociales en las que se sustrajeron a ella la legislación y la religión, si bien relativamente, las consecuencias de la obra crítica kantiana, esto es, los grandes sistemas del idealismo alemán, la gran historiografía decimonónica de un Droysen y de un Mommsen, toda la literatura de la llamada época de Goethe, los críticos de Goethe como los miembros de la joven Alemania, los hermanos Humboldt, Nietzsche, Schopenhauer, Marx, los grandes juristas Savigny y von Stahl, el desarrollo de las ciencias naturales, etc., etc., etc. La ciencia europea más relevante en el siglo pasado fue la ciencia alemana, nacida en la universidad

creada por Guillermo Humboldt, la cual era a su vez la institucionalización de la crítica como elemento y principio del saber y de su permanente renovación (Gutiérrez, 1992: 25).

En el párrafo anterior se encuentra lo que algunos lectores de la obra de Gutiérrez le han reprochado incansablemente: argumentar sin temor su posición “eurocéntrica” o más específicamente “germanófila”. Por supuesto, el colombiano recurre al pensamiento y a la literatura alemana para controvertir el autoengaño en el que se ha sumido la reflexión hispana, la cual carece de referentes universalistas. La gran equivocación de “nuestra América”, indica Gutiérrez, es la de creer que en la autocontemplación y en la defensa con chovinismo folclórico sabremos algún día quiénes somos.

Lo que encuentra en el pensamiento de Reyes, Romero y Henríquez Ureña es precisamente lo contrario: “universalismo, saber amplio y profundo, temple estético, pasión de conocimiento y de América” (Gutiérrez, 2004: 271). Gutiérrez Girardot no desconoce la participación de las letras hispanoamericanas en las grandes propuestas occidentales (ése es su mayor argumento en *Modernismo*), de hecho manifiesta su desazón por la tendencia a pasar por alto los aportes de las cumbres (“cimientos y columnas”) del establecimiento de América Latina en las letras. Indica que se prefiere la lúdica vana que el rigor conceptual y metodológico, eso sin contar con los falsos intelectuales que proliferan en favores políticos y que ignoran su papel en la historia.

LA FIGURA DEL INTELLECTUAL Y EL PENSAMIENTO CRÍTICO

Toda la discusión que aquí se presenta, desemboca en un elemento que reúne la totalidad de los ángulos de polémica de los que se ocupa nuestro autor: la figura del *intelectual*. En Gutiérrez, el intelectual es una categoría en la que confluyen los mecanismos de la crítica y del pensamiento moderno. De esa manera, dicha figura aparece en Latinoamérica sólo con la génesis de la “conciencia crítica”, que en las artes se manifiesta en una *conciencia estética*². El intelectual es, de esta manera, una conciencia de gran carga histórica, sociológica y política que deviene voz en la medida en que se acerca a las disputas, evitando al máximo enclaustrarse en “la torre de marfil”:

El proceso de formación de un lenguaje literario capaz de captar las realidades de una nueva sociedad incipiente con aspiración de futuro que se inició con Domingo Faustino Sarmiento, fue a la vez un proceso de formación de un nuevo tipo social que en la colonia se había fundado en el ocio de las clases altas lujosas y desocupadas o en la clerecía, y que en la República se inició como conciencia constructora y moral, es decir, con el “intelectual”. Pues tanto la renovación del lenguaje literario, como la formación del tipo social del intelectual constituyeron no solamente un resultado inmediato de la independencia, esto es, el rechazo de la herencia española, sino, positivamente, el intento de sustituir sus valores sociales (como la consideración del trabajo, de la moral, de la jerarquía social, del privilegio del ocio de que gozaba la clase llamada superior y que se nutría de la visión católica del mundo) por valores que habrían de asegurar el futuro de las nuevas repúblicas en el mundo moderno: la reivindicación del trabajo, la sinceridad moral, la supresión de la jerarquía social, valores que invocaban la razón. En pocas palabras, la renovación de la prosa y la formación del nuevo tipo social del “intelectual” correspondían al tránsito de la sociedad colonial a la burguesa, de la sociedad religiosa a la sociedad racional (Gutiérrez, 2004: 141).

El ejercicio de la razón y del criterio (en palabras de Martí) es el medio de expresión de la conciencia crítica. Los intelectuales y los artistas (los genios, en la denominación romántica) se inscriben en esos nuevos tipos sociales que dan cuenta de un estadio de la historia de Latinoamérica. Los artistas conscientes y los intelectuales polémicos ponen en tela de juicio los valores afirmativos, y plantean la crítica como única salida posible.

En Hispanoamérica, al profesionalizarse el hombre de letras, éste se convirtió en escritor, y al tomar partido

² En este sentido, el crítico pasa a ser un sujeto que se ubica problemáticamente dentro de su propio campo, ya que ha de mantener una mirada constante al espacio en el que se mueve, debe luchar entre el cientificismo de sus planteamientos y el carácter subjetivo de su objeto, ha de realizar búsquedas permanentes en su metodología, conceptualización, mirada analítica, e incluso en sus formas de argumentar y de poner en perspectiva las discusiones que él mismo ha iniciado; pero ante todo, el crítico se ve obligado —y esto va a parecer paradójico— a consolidar su ética crítica y a mantenerse en ella, a sostenerse como voz reveladora y cuestionadora, siempre expectante del movimiento y de las dinámicas posibles que rigen su quehacer, y apostarle a crear nuevas dinámicas que se integren al juego o que lo reintegren una y otra vez.

pública y políticamente, se consolidó como intelectual que hace uso de su libertad para optar por una causa que desde su punto de vista moral vale la pena ser revisada y discutida; al relacionarse *políticamente en su espacio*, pierde los guiños de ingenuidad y se entrega a la lucha de fuerzas que protagoniza junto con sus pares, integrando la gran masa de intereses por los que lucha y habla.

El intelectual hispanoamericano al adquirir conciencia de su condición e influencia social y política se convirtió en lo que Gutiérrez Girardot —recordando a Alfred Weber— señaló como “inteligencia libremente oscilante³”, que inclinada por sus intereses, pierde la candidez y se arroja a la lucha, utilizando sus ideas con gestos ideológicos en nombre de una causa colectiva. Esta tendencia pendular (libremente oscilante) hizo que al tener la pluma a su servicio, pasara de un lado al otro logrando una participación estratégica en la voz de la cultura de Hispanoamérica:

Con todo, sería históricamente apresurado juzgar de manera negativa o positiva a esta “inteligencia libremente oscilante” sin tener en cuenta su contexto cultural y social. Como inteligencia inevitablemente dependiente de la realidad, ésta se vio sometida a turbulencias, escisiones, tránsitos y reacciones de comienzos de siglo, a una sociedad oscilante desorientada y compleja que no tenía plena conciencia de ello (Gutiérrez, 2001: 33).

No obstante, lo que caracterizó radicalmente a las inteligencias oscilantes hispanas fue el carácter moralizador que asumieron ante la masa. Su labor, una vez que tuvo conciencia de sí misma, sacrificó el sentido crítico y adoptó la función de guía tutelar hacia un comportamiento ejemplar, es decir, nuevamente aparecen las señales de la influencia peninsular que se resiste a darle espacio a la modernidad en las ideas.

El pensamiento crítico en América hispana (ya sea bajo el rótulo de estudios culturales, estudios literarios —teoría y análisis—) debe despertar

³ *El intelectual libremente oscilante* es una acepción política del letrado que sin definirse juega a varias bandas para asegurarse su ubicación y aceptación dentro del público, haciendo las veces de vocero, que en vano intenta sublimar las ideas. Lo que Gutiérrez recalca es la falta de ingenuidad histórico-ideológica del letrado, la facilidad con la que cambia de bando, todo por asegurarse su ubicación.

de la charlatanería y el “diletantismo”. El antojo generalizado por considerar que cuanto más se escribe más se dice, señala Gutiérrez Girardot, es un malestar que ataca directamente a nuestra autorreflexión. El ejercicio crítico es ante todo un ejercicio consciente de la historia; es por esto que los estudiosos del mundo hispano que rescata y relee, son aquellos para quienes la historia, más que un simple dato erudito-anecdótico, es la base y el germen mismo de cualquier fenómeno estético-cultural.

El arte, para el ensayista, hace parte de una gran cadena de hechos, productos y manifestaciones de la actuación problemática del hombre en el mundo; es por este motivo que Gutiérrez fundamenta su debate a partir de la Independencia hispanoamericana, ya que en su proceso y sus consecuencias encuentra lo que él llamó *la conciencia histórica*, es decir, la capacidad del hombre emancipado de ver a su sociedad en perspectiva, de analizar su pasado, luchar por su presente y batallar por su futuro. El caso de José Enrique Rodó con el *Ariel*, es el ejemplo de esta toma de conciencia del hombre americano y su necesidad de valerse por sí mismo, como lo exige el *sapere aude* kantiano.

El ensayo de Rodó, es el ejemplo a seguir de la *puesta en forma* sobre el futuro de América y, en éste, encuentra Gutiérrez otro gran vacío: la carencia de desarrollo ensayístico en el mundo hispánico. Las grandes lagunas que observa el pensador en el ensayo hispanoamericano no se limitan a la poca explotación del género, sino de la actitud de esta prosa para establecer la puesta a prueba de las ideas, la controversia en los planteamientos y la posibilidad siempre abierta del contrapunteo. En este aspecto como en otros tantos, Gutiérrez dialoga con Theodor W. Adorno, quien describe al ensayo como la forma medular de la conciencia crítica:

Es lo que ha sido desde el principio, la forma crítica *par excellence*; y ciertamente, en cuanto crítica inmanente de las obras espirituales, en cuanto confrontación de lo que son con su concepto, crítica de la ideología. “El ensayo es la forma de la categoría crítica de nuestro espíritu. Pues quien critica tiene necesariamente que experimentar, tiene que crear condiciones bajo las cuales un objeto se haga de nuevo visible, de manera diversa que en un autor dado, y ante todo tiene ahora que poner a prueba, ensayar la fragilidad del objeto, y precisamente en esto consiste el sentido de la ligera variación que el objeto experimenta en manos del crítico” (Adorno, 2003: 29).

Como gran lector de los ensayistas hispanoamericanos, y gran crítico de la pobreza de las ideas de los más populares (Paz, Ortega y Gasset, Arciniegas, etc.), Gutiérrez Girardot reclama en sus estudios la necesidad de volcar el pensamiento crítico en la forma que abre el diálogo y evidencia la reflexión, el rigor y la confrontación. Podría decirse que Gutiérrez Girardot es un apasionado por la forma ensayística, tanto en su producción como en sus fuentes y en sus objetos de estudio; Gutiérrez lo toma como aspiración personal y exigencia para el futuro de América hispana, ya sea por aquel lugar común que reza que Montaigne puso en forma el pensamiento moderno, o porque encuentra en él los logros que clama a gritos el ejercicio intelectual del mundo hispano.

Ensayar y ensayar por el puro gusto de cavilar alrededor de un problema, hasta sentir pasión por ello, o ¿qué otro ejercicio puede encontrarse en la obra de Gutiérrez Girardot, si no pasión por la lectura y certeza de que no se ha de dar por terminada la discusión? Si para Adorno el ensayo es la forma que libera la duda, y quien mejor ejerce tal libertad es el

LA FORMA “HEREJE” (EN PALABRAS DE ADORNO) ES LA OPORTUNIDAD PARA EXPLOTAR LA DIVERSIDAD DE CAMINOS POSIBLES, PERO SIN DESCUIDAR LO QUE SE PERSIGUE, PORQUE LA LIBERTAD DEL GÉNERO NO DESCARTA EL RIGOR DEL PENSAMIENTO



ensayista crítico, para Gutiérrez el gusto por la forma ensayística se basa en el deleite del conocimiento y la preocupación científica. Baste con recordar lo que encuentra en los ensayos de Mariano Picón Salas: fusión estética de historiografía y narrativa, que da cuenta de un ejercicio complejo, que no deja de ser un gran logro en las formas para América hispana, tristemente enajenada en historiadores de “poca capacidad inventiva”:

...variedad de perspectivas, libertad en la exposición, expresión literaria que no sólo pretende ser estética

sino que también se sirve se elementos líricos o narrativos, renuncia a conclusiones definitivas y, en ocasiones, serenidad ante la contradicción, que no se trata de resolver sino que se presenta necesariamente como resultado de la variedad de perspectivas y como un motor más o menos consciente, según el caso de la interpretación (Gutiérrez, 2001: 151).

Gutiérrez Girardot presenta al ensayo como otra forma del goce estético, que se emparenta con la duda y se satisface en su persecución. La forma “hereje” (en palabras de Adorno) es la oportunidad para explotar

la diversidad de caminos posibles, pero sin descuidar lo que se persigue, porque la libertad del género no descarta el rigor del pensamiento.

NUESTRA SALIDA ES LA HEREJÍA

Hemos revisado hasta aquí las ideas generales que atraviesan el pensamiento crítico de Gutiérrez Girardot: la apertura a discursos cosmopolitas, el recurso a la historia social, la opción moderna (en la corriente ilustrada), la oposición a los anacronismos hispanos, la exigencia a los intelectuales, y la elección del ensayo como género de apertura en la ciencia y en el arte. Aunque en su obra reconoce el progreso del pensamiento hispanoamericano, también registra los vacíos en lo que respecta a la conciencia crítica que se halla en un estadio incipiente y en una actitud de comodidad y estancamiento. Lo que nos lleva a concluir que la obra de Gutiérrez Girardot queda abierta, dejando muchas tareas y problemas por resolver: la revisión de las actitudes críticas que produzcan pensamiento propio más que contemplación circular de las tareas adelantadas con eficiencia en otros espacios, el autocuestionamiento que le urge a las academias y centros de fortalecimiento de orientación sistemática, la comprobación de los nuevos aportes que los brotes críticos permitan salir a la luz; en fin, la tarea apenas empieza.

El deseo de reconsiderar la función del intelectual (del artista, del escritor, del académico, etc.) reclama a su vez la inspección de una tradición (que podemos hallar en su obra) más controversial, menos condescendiente (o indiferente), menos chovinista, más comprometida con la construcción de una voz propia. Tarea para la cual cita explícitamente a la academia y a los espacios intelectuales; éstos han de ser *herejes* (no necesariamente en el sentido religioso del término; aunque si se quiere también puede ser tomado así), para que pueda ser algún día abierta, y deje su carácter complaciente, albergando de esta manera individuos que aspiren a comprender su presente sin desconocer su pasado y su tradición:

Hoy no es posible el autodidactismo y menos aún en el caso de la crítica. Lo que no quiere decir que deba fundarse una cátedra de crítica en las universidades. La crítica no es solamente talento ni sólo ejercicio de la razón. La crítica exige un aprendizaje que consiste en la formación de ese talento y en el conocimiento de los pasos que han de darse en el análisis de un

texto, de un tema, de un fenómeno cualquiera. Y ese conocimiento exige a su vez una guía que a la vez que muestra los pasos del análisis, representa la tradición, esto es, el camino de la ciencia y las experiencias que se han recogido en este camino, y que no logra captar el autodidacta porque no todos los elementos de esa tradición llegan a los libros que son el producto de varias relaciones previas: de la relación dinámica entre tradición e innovación y de la cristalización personal de esta relación entre el profesor y el estudiante. Así, el autodidactismo no puede reemplazar las relaciones indispensables para el cultivo de la crítica pero tampoco puede llenar los vacíos que han dejado en la Universidad la nueva función y la nueva eficiencia. En cambio el autodidactismo fomenta la simulación, que por su parte puede fomentar la indiferencia. ¿Por dónde empezar, pues, a introducir la crítica como elemento esencial de una vida intelectual creativa y a la vez provechosa para la sociedad? (Gutiérrez, 1992: 43).

Inmensa labor de la crítica y de los “universos de ideas” en Hispanoamérica, que pide a gritos ser iniciada para que por fin se deje de referir a nuestro mestizaje castizo y a nuestra “carencia de historia”, lugares comunes en las afirmaciones ligeras que no se han ocupado de desentrañar los ejes problemáticos de la sociedad novohispana ☺

Bibliografía

- Adorno, Theodor W. (2003). *Notas sobre literatura (Obra completa, 11)*. Madrid: Akal. Básica de Bolsillo.
- Foucault, Michel (2003). *Sobre la ilustración*. Madrid: Editorial Tecnos.
- Gutiérrez G., Rafael (1987). *Modernismo. Supuestos históricos y culturales*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, Fondo de Cultura Económica.
- Gutiérrez G., Rafael (1989). *Temas y problemas de una historia social de la literatura hispanoamericana*. Bogotá: Ediciones Lave Canes.
- Gutiérrez G., Rafael (1992). *Provocaciones*. Bogotá: Fundación Editorial Investigar.
- Gutiérrez G., Rafael (2001). *El intelectual y la historia*. Caracas: Editorial La nave va.
- Gutiérrez G., Rafael (2004). *Heterodoxias*. Bogotá: Taurus Pensamiento.
- Gutiérrez G., Rafael (2006). *Tradición y ruptura*. Bogotá: Editorial Random House Mondadori Ltda. Colección Debate
- Kant, Emmanuel (2002). *Respuesta a la pregunta ¿Qué es la ilustración?* Madrid: Editorial Tecnos.
- Mogollón, Juan Manuel. “Adiós a un gran maestro”. Entrevista con Rafael Gutiérrez Girardot, en *Revista Número*, Edición 46. (Sep-Oct-Nov, 2005). *Cultura*. (25-33).